

Pierre Menard y Zenón de Elea entran a un bar

Un café al amanecer

FARID NUMA

Universidad Industrial de Santander,
Bucaramanga, 2019, 240 pp.

TEMPRANO EN la mañana, mientras prepara el café en su fogón de leña, Paulina observa en las brasas la imagen de un hombre que se desangra. Con esa premonición arranca esta novela sobre un episodio de la violencia política colombiana en la mitad del siglo xx. Si no fuera por el prólogo, la primera pregunta que se podría hacer el lector sería acerca de las razones para que a estas alturas del siglo XXI se publicara una novela sobre temas que parecían agotados en la década de 1970. El prólogo de Hugo Armando Arciniegas explica que, efectivamente, el autor empezó a escribirla a finales de esa década, después de investigar unos hechos ocurridos veinte años atrás en el municipio de Marsella (que en aquel tiempo pertenecía al departamento de Caldas), y que le tomó más de cuarenta años terminarla. Agrega que la novela ganó la Convocatoria Primer Libro de Creación Literaria, de la Universidad Industrial de Santander, y que su publicación muy probablemente le traería a su autor “una dosis de calma y de satisfacción creativa” (p. 10).

En la novela, la Marsella de la realidad se llama Marsilia. La historia gravita en torno al hombre muerto que aparece en la calle, recostado contra una pared, con un sombrero que le cubre el rostro, como alguien que está durmiendo una resaca. Es el Día de las Ánimas de 1958. En el cuerpo del muerto, Argemiro Aguilar, no parece haber señales de violencia. Aguilar y su madre habían llegado a vivir allí cuando él era muy niño, tras el asesinato de su padre y sus hermanos; pero Marsilia no fue ningún refugio, allí también la violencia señoreaba. Argemiro creció siendo testigo de toda clase de crímenes y abusos, y cuando se proponía divulgar los nombres de los culpables sus enemigos encontraron una manera discreta, ingeniosa y efectiva de eliminarlo.

Hay unas dimensiones de la novela que son predecibles y convencionales.

Aquí están los personajes típicos de las novelas de la Violencia. El alcalde, Timoteo Guerra, es un asesino cruel que se ha hecho rico y poderoso con sus abusos y despojos. De su lado están el sargento, el visitador (una siniestra figura que representa el poder opresor central) y un séquito de seguidores a quienes les conviene estar bajo esa sombra. El padre, Cándido Sánchez, es cómplice de los criminales y retuerce el mensaje evangélico para acomodarlo a su acomodamiento: “Matar liberales no es pecado” (p. 19), exclama desde su púlpito. Del lado de la resistencia están el médico, el profesor, el tipógrafo y el muerto, Argemiro Aguilar, quien se desempeñaba como carpintero.

Hay en las descripciones de esta novela un refinado anacronismo:

Argemiro Aguilar lucía un esbelto cuerpo, tallado por el oficio de carpintero. Sus rebeldes guedejas, que intentaba aplacar con aceite para el cabello, le caían sobre la frente. Sus ojos de gavilán joven penetraban a su interlocutor y le desentrañaban sus intenciones. Sus grandes manos de ebanista, ágiles y fuertes, sabían tanto de acariciar con dulzura como estrujar hasta el dolor. Y el acentuado trigueño de su piel, heredado de su padre, lo hacía sentir orgulloso de sus ancestros mestizos, de suerte que imponía siempre su maciza figura frente a las arremetidas de la vida. (p. 19)

Casi da envidia leer a alguien que escribe así, como si no hubiera existido la literatura moderna. La imagen de ese “tallado” cuerpo de carpintero fluye como agua de riachuelo entre los pliegues de una montaña. Esas “rebeldes guedejas” del rebelde casi recuerdan los pies ligeros de Ulises. Igual sensación se tiene frente a algunas líneas de diálogo: bien escritas, inverosímiles, exageradas. Un ejemplo notable son las palabras que Ramón Herrera —una víctima evocada en el relato— le dirige a un cura, poco antes de ser asesinado por la chusma. Herrera y sus acompañantes han sido expulsados de la iglesia, lo que significa para ellos una muerte inminente, y sin embargo aquel tiene la elocuencia para decirle al cura:

Curiosamente, usted no practica la hipócrita doctrina que tanto pregona. La iglesia siempre ha estado al lado del poder de las armas, y esto solo

sirve para que acabemos más pronto esta farsa que ustedes mismos nos han montado. Pero lo cierto es que su sotana, manchada de sangre y vergüenza con el color de la muerte, se perderá en la memoria de los hombres, en el olvido que tal vez es la mejor venganza. Con nuestras manos limpias y nuestra conciencia tranquila nos fundiremos con la tierra de la que venimos; volveremos a estar allá, en el espacio infinito donde el todo se confunde con la nada. ¡Ahí le dejamos su palomera para que engorde y siga criando gallinazos! ¡Nosotros seremos libres! (p. 112)

Ignoro cuál sería mi reacción en una situación semejante, pero estoy seguro de que a punto de morir no sería capaz de construir un discurso tan elaborado. Lo cierto es que esa acumulación de virtuosismos termina por revelar que esta novela, cuya lectura sigue siendo recomendable, es en esencia una parodia de las novelas de la Violencia. Una parodia que, además, se ha enriquecido con el paso de los años.

El añejamiento se nota en las expresiones, en las alusiones, en los múltiples niveles de la historia. Al lado de expresiones setenteras como “Hasta que cayó la roya” (p. 29), encontramos referencias a hechos recientes como la declaración del criminal que arroja sospechas sobre una de sus víctimas, con la frase: “Seguro no estaba cogiendo café” (p. 130). Así se nos va haciendo evidente que esta historia abarca todas las violencias, no solo las de chulavitas y pájaros. El recelo de las tiranías contra la educación es intemporal: en un momento el alcalde dice que es más importante que los muchachos aprendan a ser berracos y a jornalear duro, “que esa vaina de andar perdiendo el tiempo en cosas de libros, estudios y quién sabe qué más pendejadas los volvía flojos y hasta maricones y, cuando menos se pensaba, les daba por aprender cosas raras, para irrespetar a los mayores y rebelarse contra Dios y el Gobierno” (p. 81). Al lado de las representaciones realistas de los vivos, encontramos pájaros de mal agüero, enfrentamientos con el diablo e intervenciones de los muertos, como cuando Argemiro Aguilar editorializa “desde el otro lado del mundo” y resume el espíritu de los colombianos: “A este pueblo no

lo derrota nadie; el sarcasmo, la risa, la mofa del poder, la fiesta y la alegría como afrenta a la tristeza, son dinamita pura que a los autoritarios les estalla en las narices” (p. 214). La novela también explora el dilema de algunos criminales que no pueden vanagloriarse de haber cometido un crimen perfecto (porque a Aguilar lo desangraron sin dejar huella): “Lástima que no lo podamos decir abiertamente, porque todo el mundo debería conocerlo, para que los padres se lo contaran a sus hijos, y los maestros a sus alumnos, porque la verdad es que es una obra maestra” (p. 146). Así, lo que parecía una novela trasnochada se convierte en otra cosa, mucho más compleja y elaborada.

En “Pierre Menard, autor del *Quijote*”, Borges sugiere que, si alguien se propusiera escribir el Quijote con las mismas palabras que usó Cervantes, terminaría por escribir una novela completamente distinta: sería una especie de parodia de tiempos remotos, con una perspectiva que no podía tener el autor original. Por momentos parece que eso fue lo que se propuso hacer Farid Numa: reescribir la vieja novela de la Violencia, pero agregando en los intersticios ingredientes y perspectivas adicionales.

Otro rasgo distintivo de *Un café al amanecer* es la representación del tiempo como un eterno presente. Como se dijo, la novela toda transcurre en el Día de las Ánimas, vuelve una y otra vez al muerto tirado en la calle y, como en la paradoja de Aquiles y la tortuga formulada por Zenón, el movimiento es imposible, parece que la madre de Aguilar y la gente del pueblo no terminarán nunca de llegar y congregarse alrededor de su cadáver.

Una vieja fórmula humorística empieza por plantear la llegada a un bar de un grupo de personas, generalmente disímiles, cuyo encuentro tiene consecuencias inesperadas. En el caso de esta novela, el bar estaba lleno de novelistas de la Violencia caídos de la borrachera y ya casi sin saber qué más decir, hasta que se abrieron las puertas del negocio y entró un curioso par de parroquianos dispuestos a encender la fiesta una vez más.

Gustavo Arango